

Sergio Ramírez

LA MANZANA DE ORO
Ensayos sobre literatura

Derechos reservados

© Iberoamericana, 2012
Amor de Dios, 1 – E-28014 Madrid
Tel.: +34 91 429 35 22
Fax: +34 91 429 53 97
info@iberoamericanalibros.com
www.iberio-americana.net

© Vervuert, 2012
Elisabethenstr. 3-9 – D-60594 Frankfurt am Main
Tel.: +49 69 597 46 17
Fax: +49 69 597 87 43
info@iberoamericanalibros.com
www.iberio-americana.net

ISBN 978-84-8489-662-3 (Iberoamericana)
ISBN 978-3-86527-713-8 (Vervuert)

Depósito Legal: M-29410-2012
Cubierta: Carlos Zamora

Este libro está impreso íntegramente en papel ecológico sin cloro.

Índice

Señor de los tristes	7
Hijo y padre, maestro y discípulo	19
En el rincón de un quicio oscuro	35
Primeras letras con Borges	49
Castillo de luces	61
El río de la pasión	67
Una épica doméstica	73
Esplendor del caribe	83
El infierno tan temido	97
Con garra de animal de presa	109
El que nunca deja de crecer	119
El Evangelio según Cortázar	123
Un friso oscuro y esplendoroso	131
Don José	145
Horno al rojo vivo	149
Nada llega a perderse	155
Atajos de la verdad	161
De guapos de tiempos idos	175
La manzana de oro	181
El regreso de la diosa	197
Cuaderno de encargos	205
Los verdaderos vicios se adquieren temprano	221
Sobre las fuentes	225

Señor de los tristes

*Rey de los hidalgos, señor de los tristes,
que de fuerza alientas y de ensueños vistes,
coronado de áureo yelmo de ilusión...*

Rubén Darío,
Letanía de Nuestro Señor Don Quijote

Por los pueblos de la España de los mendigos ingeniosos, los frailes andariegos, los hidalgos pobres y los nobles altivos e indiferentes, anda Cervantes de burócrata oscuro, el brazo seco como un sarmiento. Investido de autoridad real requisa aceite y trigo con el mandamiento de comisario de abastos, un oficio que sólo atrae peticiones y enemistades, y del que hay que rendir cuentas cabales para no caer en la desgracia de las sospechas. En un país plagado de marrullas y cohechos, robarle a la hacienda pública sus bastimentos no causa asombro, pero sí desdichas. Pleitea con los remisos, mete en la cárcel a quienes se niega a entregar lo requerido, él mismo amenazado con prisión por los poderosos a quienes intima; y cuando toca los bienes de la Iglesia es excomulgado por el obispo de Sevilla. Dos veces excomulgado.

Pasa ya los cuarenta años, con poca fortuna hasta entonces en la literatura, y no es ineficiente en su cargo; sabe ponerle celo, y no se arredra ante las dificultades. Conoce bien de cuentas, de pesos y medidas, y de trámites. Es un burócrata esforzado, una biela de esa inmensa maquinaria de poder del reinado de Felipe II, que en aquel año de 1588 artilla y avitualla barcos para preparar su Armada Invencible, la más formidable empresa de guerra naval que habían

visto los siglos. Y no sólo conoce las razones por las que se mueve esa maquinaria, sino que cree en ellas, y conviene, además, a su condición que su adhesión al poder sea conocida. Quiere la derrota de los ingleses, como quiso la derrota de los turcos en la batalla de Lepanto, donde él mismo, en plena juventud, recibió la herida que inmovilizó su brazo y que no dejará de mencionar en sus alegatos para solicitar destinos administrativos más altos.

Ha sido soldado. Pero no es un soldado que se sienta abandonado por el poder, y sabe volver por las glorias del oficio militar. En el prólogo de la segunda parte de *El Quijote*, ante los vituperios de Avellaneda, su imitador, muy solemnemente proclama: “lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, o si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas a lo menos en la admiración de los que saben dónde se cobraron; que el soldado más bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga...”.

Las consideraciones políticas de Cervantes sobre estos dos universos, el del letrado y el del soldado, llevarán a don Quijote a hilvanar uno de sus discursos más memorables, el que pronuncia en la venta sobre las armas y las letras (capítulos XXXVII y XXXVIII; I).

Son, al fin y al cabo, las de ese discurso, consideraciones sobre el poder. Las letras son el universo de los letrados, al que Cervantes pertenece, aunque ha de ser en sus estamentos menos gloriosos, primero requisador de provisiones de boca, después recaudador de impuestos: el universo solemne y marrullero, impostado y lleno de peligros donde bullen oidores, escribanos, alguaciles, tasadores, magistrados, regidores, amanuenses, esa maquinaria torpe y al mismo tiempo eficaz, embarullada y cínica, que muele sin tregua y a la vez exalta y deshonra.

A Cervantes le tocó vivir en un país procesal, como bien señala Andrés Trapiello (*Las vidas de Miguel de Cervantes*), el poder organizado en una burocracia extensa tanto en la paz como en la guerra, que debía defender la preeminencia militar de España, y la unidad política de sus territorios. Un universo contrapuesto y a la vez amigo del otro del cual viene, el de las armas, al que nunca denigra, y por el

contrario, prefiere tasar por el prestigio de sus glorias, “las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida” (XXXVII, I).

Aunque prefiera el de las armas, el universo de los letrados es también esencial para don Quijote, como lo expone en su discurso, armas y letras parejos sustentos del poder, y cada uno asentado en sus propias justificaciones éticas. El de las letras tiene una muy principal, puesto “que es su fin poner en su punto la justicia distributiva, y dar a cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las buenas leyes se guarden”. Pero don Quijote abre aquí, con su elocuencia tan poco disparatada, el abismo entre lo real y lo imaginario, entre lo posible y lo imposible, entre lo verosímil y lo inverosímil; toda la distancia que siempre hay entre la proclamación legal del orden justo y las pobres posibilidades de realizarlo.

Un universo, el de los letrados, al que Cervantes pertenece por fuerza de que quiere prosperar, ya que la burocracia puede ser vista también como una empresa; demasiado riesgosa por las inquinas y celos que despierta, como todo poder que se ejerce, por menguado que sea, pero fuente de fortuna al fin. Pertenece a él, aunque no es su mejor preferencia, si nos atenemos a su definición de los tres estamentos ideales que el cautivo, un personaje que también viene a ser un retrato de él mismo y sus aventuras de rehén en Argel, da en la venta a la hora de relatar los avatares de su vida.

El cautivo cuenta que su padre, al despedirlos a él y a sus hermanos, les había dicho: “quien quisiere valer y ser rico, siga, o la Iglesia, o navegue ejercitando el arte de la mercancía, o entre a servir a los reyes en sus casas... digo esto porque querría, y es mi voluntad, que uno de vosotros siguiese las letras, el otro la mercancía, y el otro sirviese al rey en la guerra, pues es dificultoso entrarle a servir en su casa; que ya que la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama” (XXXIX, I).

El poder resume a los tres, pero Cervantes no fue ni obispo —los letrados de mejor fortuna—, ni mercader, ni capitán, aunque quisiera coronar su carrera de burócrata con un destino más alto, y productivo, en América: contador de las galeras en Cartagena, corregidor de La Paz, gobernador de Soconusco. A los que repartían prebendas y canonjías en el Consejo de Indias, no les pareció que el solicitante